

Juan José Molina León

DAR LA ESPALDA AL MIEDO

© 2025 Juan José Molina León
© 2025, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: Noviembre de 2025

ISBN: 979-13-990201-3-7
Deposito legal: M-25250-2025

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

*Los pobres suelen ser silenciosos. La pobreza no
llora, la pobreza no tiene voz. La pobreza sufre,
pero sufre en silencio. La pobreza no se rebela.
El pobre no lucha, porque para luchar por algo se
necesita poder imaginarse un objetivo, un futuro
mejor. Y el que tiene hambre no tiene tiempo ni
ánimo para imaginar nada que no sea cómo pasar
el día de hoy, de dónde sacar la próxima comida.
La mayoría de los habitantes del mundo vive en
condiciones muy duras y terribles, y si no las com-
partimos no tenemos derecho -según mi moral y mi
filosofía, al menos- a escribir.*

Ryszard Kapuściński (1932 - 2007)

DEDICATORIA

Esta novela va dedicada, en primer lugar, a Miguel Gil, Anja Niedringhaus, David Beriáin, Abu Akleh, Sari Mansour, Hasona Saliem, Anas al Sharif, Mohammed Qreiqeh, Ibrahim Zaher, Mohammed Noufal, Moamen Aliwa y a todos los periodistas que fueron asesinados en el ejercicio de su noble profesión de comunicadores. Ellos, como tantos otros, con su vida nos regalaron los ojos y la voz de los descartados por nuestra sociedad, enferma de egoísmo.

También la dedico con infinito agradecimiento y cariño a mis padres, Paco Molina y Nani León que, con su sentido humanista de la educación, me inculcaron la pasión por la lectura, la escritura y el arte de contar historias. Mientras escribía la novela, mi queridísima madre se fue al Cielo. Desde allí, me sigue alentando, como siempre.

Y, cómo no, esta historia quiere rendir un sincero homenaje a todos los periodistas, especialmente Pilar Cebrián, Gervasio Sánchez, Beatriz Mesa y Mikel Ayestaran -que tanto me han ayudado a que esta novela sea una realidad- y tantos otros que en el pasado y en la actualidad cubren esas zonas de conflicto donde solo acuden los que dan la espalda al miedo.

Esta novela es fruto de la imaginación. Ninguno de los personajes o sucesos aquí narrados existió realmente. Solo los lugares son reales y sirven de escenario a esta historia ficticia.

PRIMERA PARTE

1

Las casualidades no existen. Todo lo que ocurre en nuestra vida tiene un sentido, aunque la mayoría de las veces no lo encontramos a la primera.

Sentada y descalza sobre el césped, a los pies de aquel ciprés centenario, Carmen, de catorce años, supo que de mayor quería ser periodista.

Los fines de semana que podían, escapaban a la casa de campo de los abuelos. Allí a ella le encantaba despertarse la primera y disfrutar del amanecer a solas.

Vivían en Córdoba, en la céntrica calle Gregorio Marañón. Su padre, Mariano, trabajaba en el Banco Santander; su madre, María Jesús, era maestra en el Colegio Santos Mártires del barrio de San Basilio.

Pero en su piso no había césped. Ni ciprés. Ni piscina. Ni aire puro. Ni tranquilidad.

A sus dos hermanos gemelos, Álvaro y Rodrigo, de diez años, también les gustaba ir a casa de los abuelos. Su especialidad era pegarse de tortas en el jardín, además de jugar al fútbol... y pasar las horas que sus padres les dejaran enfrascados con la *Play Station*.

Aspirar el aire fresco. Cerrar los ojos. Soñar. Leer. Escribir en su diario. Olvidarse de aquellos compañeros de 3.º de

ESO del *I.E.S. Séneca* que se reían de ella por su aspecto y por sus aficiones poco comunes: el sosiego, la lectura y la escritura. Menos mal que no eran todos así en su clase: Mónica, Blanca, Andrés y Diego la querían, la respetaban, y ella se lo pasaba en grande con su pandilla. Con ellos era el oasis en el desierto.

A decir verdad, Carmen no era el prototipo de adolescente. Y, además, su cuerpo aún no se había desarrollado al mismo ritmo que el de otras compañeras de su clase, tan delgadas y atrayentes, que parecían no tener más tiempo que para cuidar su aspecto, salir y liarla en clase. Para esas compañeras y algún que otro *chulito ligón*, Carmen era etiquetada como la típica empollona que no se comería jamás una rosca en la montaña rusa sentimental en la que van montados los jóvenes.

En casa, sus padres habían decretado unas reglas muy estrictas con respecto al uso del teléfono móvil y de las incipientes redes sociales de principios de siglo XXI: olvídate de tener uno hasta que no tengas los diecisiete, o los dieciocho. Y llora y patalea lo que quieras. Esa línea roja era un muro infranqueable en la familia Lara Sánchez.

Como aquello era innegociable con sus padres, pronto aprendió a pasar de las caras de incredulidad de sus compañeros de clase cuando les decía que no le hacía falta el móvil. Sus padres se encargaron de que Carmen no perdiera el tiempo: le apuntaron a clases de inglés, de tenis –que, por cierto, se le hacían insufribles– y le aficionaron desde muy

pequeña a la lectura. Los idiomas, el deporte y los libros le iban a servir de mucho en su futuro.

Quizá fueron las palabras que leyó en aquella revista tirada junto a la mecedora del porche. O el contraste que experimentó entre su vida, aparentemente sin problemas, y la soledad, la amargura que vio en los rostros de esas pobres gentes que salían suplicando ayuda con los ojos en el reportaje fotográfico sobre la situación de los niños en Sierra Leona, reclutados a la fuerza como soldados en la última guerra de aquel país africano.

Mientras saboreaba su tazón de chocolate caliente y escuchaba el canto de un mirlo desde la rama del ciprés, aquella niña cordobesa supo para qué estaba en este mundo.

Todos dormían. Habían estado la noche anterior de barbacoa con otra familia de amigos hasta muy tarde, en aquel mismo jardín que ahora era espectador mudo de su secreto descubrimiento. Aún permanecía en el aire el olor de la leña quemada que usaron por la noche.

Carmen miraba al infinito. Absorta en sus pensamientos, acariciaba la taza de chocolate. Su pelo corto, castaño y desaliñado se erizaba de la emoción.

Desde niña le encantaba mirar a los ojos de las personas con las que se cruzaba. Para Carmen, los ojos eran como una puerta abierta a un mundo desconocido y atrayente. ¿Qué habría detrás de aquella mirada? ¿Esos ojos tendrían otros que les correspondieran?

Había ojos alegres y saltarines; otros melancólicos como un día de lluvia en otoño; también encontraba, de vez en

cuando, ojos nerviosos que buscaban aferrarse con ansiedad a algo que les ofreciera una pizca de calma, y otros oscuros como el carbón que gritaban la maldad que escondían.

Carmen escribía sobre estas cosas en un diario que guardaba celosamente entre sus pertenencias y no se lo dejaba a nadie por nada del mundo.

Por eso volvió a quedarse absorta en la revista mientras escudriñaba los ojos de aquel pobre muchacho sierraleonés, forzado a ser soldado con apenas trece años, fusil de asalto en mano, un uniforme verde que le venía enorme y una pequeña gorra gris con la que posaba desafiante para el fotógrafo de aquel reportaje.

Su imaginación bullía con lugares remotos jamás visitados, conflictos sin sentido que solo dejaban muerte y desconsuelo. Ardía en deseos de estar en primera línea, como esos reporteros de la revista, para contar lo que pasaba ahí fuera, en esos parajes lejanos a los que casi nadie de su pequeño y egoísta mundo hacía caso.

Le encantaba caminar descalza por el césped. El mirlo salió disparado de la rama. El sol comenzó a salir detrás de los setos de la casa del vecino. Agarró la revista y, con sigilo, dejó la taza en la cocina. Aún quedaba un rato para que todos se despertaran, así que subió a su cuarto. Se echó otra vez en la cama y dejó que su imaginación siguiera vagando. Miraba al techo desnudo de su habitación y se veía explorando lugares ignotos.

La decisión estaba tomada. Quería dedicarse a contar las historias de los olvidados, de los sin nombre. Su alma soña-

dora le hacía vibrar con la idea de cambiar el mundo; con aventuras, viajes e historias que merecieran la pena ser contadas. Esos pensamientos llenaron su alma de una secreta y ruidosa alegría. Tomó un bolígrafo y abrió el diario. Cruzada de piernas sobre la cama escribió:

Sábado, 24 de septiembre de 2005.

Amanece en el jardín de casa de los Lalos. ¡Quiero ser periodista! Quiero contar historias. Tarde o temprano, cueste lo que cueste, ¡sé que conseguiré mi sueño!

Se abrió de pronto la puerta del cuarto. Carmen se asustó y cerró de golpe el diario.

—Buenos días, hija... —apareció su madre en bata, sin mirarla mientras abría la ventana de su habitación.

—Buenos días, mamá.

Carmen consiguió esconder su diario debajo de la almohada.

—Anda, baja que el desayuno ya está casi listo —musitó su madre saliendo del cuarto como si nada y luego, desde el pasillo, levantó la voz para despertar a sus hermanos que roncaban a pierna suelta en el cuarto contiguo.

—¡Arriba, dormilones!

Carmen se calzó las zapatillas y bajó lentamente las escaleras.

Su padre ya estaba sentado en la mesa del comedor, absorto en el periódico. Sus dos hermanos, que ya habían bajado, bostezaban al unísono, recostadas sus cabezas sobre la mesa de la cocina. Su madre había puesto *Kiss FM*, su emi-

sora favorita, y tarareaba la canción que estaban poniendo mientras terminaba de preparar el café.

En el cielo, ni una nube. Hacía fresco. Los pájaros cantaban en el jardín y todo hacía presagiar un día de campo tranquilo para la familia.

–Buenos días, papi –Carmen saludó a su padre con un beso en la frente.

–Hola, hija –respondió con voz cansada, mientras desplazaba las hojas del periódico que leía.

–¿Y los Lalos? –preguntó Carmen. A sus abuelos los llamaban «los lalos»: el Lalo era el apelativo familiar para el abuelo Ángel y la Lala para la abuela Fina.

–Ya han desayunado y están en el jardín –explicó su madre, mientras traía a la mesa el café recién hecho.

El olor de las tostadas y del café acabó por despertar a los dos pequeños, que levantaron sus cabezas mientras inspiraban aquel agradable aroma.

–¡Quiero contaros algo muy importante! –Carmen quería que sus padres le prestaran atención–. He decidido que de mayor quiero ser periodista –anunció, mientras miraba a los ojos de sus padres para esperar su reacción.

Su padre seguía absorto en el periódico. Su madre, untando el pan con mantequilla, miraba a sus otros dos hijos que comenzaban a devorar sin piedad.

–¡Hijos! Más despacio, que os vais a atragantar...

Carmen no estaba dispuesta a que su gran descubrimiento fuera acogido con tan poco interés. Así que se armó de valor y exclamó:

–Papá, ¿puedes dejar el periódico y hacerme caso?

Carmen se ruborizaba con frecuencia. Y estaba empezando a notar que el calor le iba subiendo por el cuello hasta instalarse a sus anchas en el rostro. Ahora estaba roja como un tomate. Agarró el periódico de su padre y lo tiró con fuerza al suelo. Era tan cabezota que no estaba dispuesta a experimentar con su familia la misma sensación que sentía en el instituto cuando la ignoraban. Sus ojos se posaron en el rostro de su somnoliento padre, que no entendía lo que estaba pasando.

Mariano arqueó sus cejas. La verdad es que a esas horas de la mañana no tenía ni fuerza ni ganas de enfadarse con su hija adolescente.

–Papá. Te digo que he decidido ser pe-rio-dis-ta –Carmen arrastró las palabras a propósito, como si estuviera hablando a alguien con dificultades de comprensión.

–¿Periodista, tú, hija? ¡Ja! Esta sí que es buena...

Estupefacto e incrédulo, su padre no quiso tomar otra vez el periódico, como si le quemara en las manos. Tomó una rebanada de pan y la roció con aceite de oliva, esbozando una sonrisa burlona ante la última ocurrencia insensata de su primogénita.

–Anda, ya me contarás lo mismo dentro de unos años. Ahora deja en paz a tu padre y ponte a desayunar, que ahora es lo que toca...

Rodrigo y Álvaro no atendían a la conversación. Solo comían como si no hubiese un mañana. La Lala hacía punto en

el porche y contemplaba a su marido que, con un rastrillo, aireaba la tierra del pequeño huerto mientras silbaba.

—¡No quiero desayunar! ¡Y me da igual lo que opines! ¡Porque en cuanto sea mayor de edad voy a hacer con mi vida lo que me dé la gana! ¡Estoy harta de que me trates como a una niña de cinco años!

Carmen pronunció estas últimas palabras de pie, con tanta vehemencia, que hasta los Lalos dejaron lo que estaban haciendo y miraron hacia la cocina a ver qué pasaba.

—¡Mira, niña! ¡Aquí no se grita! ¡Y menos por la tontería que dices! —Su padre ahora sí que comenzaba a estar realmente enfadado.

—¡Yo haré lo que me dé la gana! —gritó otra vez Carmen, desafiando a su padre.

Este también se puso de pie, cara a cara con su hija y, con el dedo índice señalándole, gritó:

—¡Carmen! ¡Obedece y siéntate ahora mismo! ¡No me obligues a castigarte! Pero, vamos a ver... ¿Es que no podemos tener un desayuno tranquilo? ¿Es que te crees que eres el ombligo del mundo y que tenemos todos que ponernos a aplaudir tu última... gilipollez?

—¡Hala! ¡Papá ha dicho un taco! —exclamó Rodrigo, llevándose las manos a la cara.

—¡Papá! ¡Que no se dicen tacos! —intervino Álvaro, intentando imitar a *la seño* de su clase.

Los niños giraron sus cabecitas hacia su madre, paralizada con la jarra de café humeante en la mano y con los ojos como platos.

—Mariano, por favor, los niños... ¡Cálmate! —Ahora era su esposa la que intentaba terciar y tomaba por los hombros a su marido, obligándole a sentarse a la vez que miraba con incredulidad a su hija, por la que estaba liando en esa tranquila mañana.

Carmen enmudeció en cuanto escuchó los gritos de su padre. Bajó la cabeza. Se mordió los labios. Se sentó. Aunque quiso salir corriendo para encerrarse en su dormitorio. Pero algo la retuvo: era el rostro de aquel niño soldado africano que había visto en la revista cuando todos dormían. Él sí que tenía motivos serios para quejarse.

Se bebió sus lágrimas. Se tragó su orgullo. Levantó sus ojos. Vio cómo todos, incluidos los abuelos, la estaban mirando. Le hubiera sido tremendamente fácil seguir con su numerito y cargarse el fin de semana de la familia.

Y decidió que ahora a ella le tocaba perder. Sacó la bandera blanca.

—Perdón, papá. Llevas razón. Me he comportado como una tonta.

Sus palabras salían de su boca, pero su mente era el escenario de una batalla. Su cabeza le recriminaba con fuerza que esas palabras eran mentira. Que era una cobarde. ¡Si hacía menos de una hora había tomado la resolución de ser periodista, cayera quien cayese! Pero no le hizo caso. Cedió. Se sentó en la mesa. Y comenzó a comer con el estómago cerrado.

El Lalo volvió al huerto. La Lala, a su punto. Su madre, a poner más café, y sus hermanos a comer como glotones.

Ahora fue su padre el encargado de seguir abriendo la herida en el alma de su hija. Con un tono de superioridad, arrastrando sus palabras con lástima y prepotencia, le fue arrojando a su hija sus *sabias* lecciones irreprochables:

—No sabes ni lo que dices, Carmen. Anda, hija. Olvídate de esa idea. Me parece un trabajo de lo más vulgar —sentenció señalando con desprecio el periódico del suelo, mientras lo recogía.

Y continuó:

—Te quedan aún muchos años y mucha vida por delante. No quiero que mi hija mayor sea una marioneta. Los periodistas son unos pobres muertos de hambre que trabajan para grandes empresas y que los manejan como peones para enriquecerse. No tienen horario fijo, cobran una miseria, van de aquí para allá...

Estas palabras laceraban el pobre corazón adolescente de Carmen. Con muy buena gana hubiera discutido con su padre. Le hubiera gritado miles de ideas que le venían a la cabeza con una fuerza arrolladora. Pero aquellos ojos del niño africano pudieron más que su rabieta.

Desayunó como pudo. Sonrió a sus hermanos. Se sorprendió a sí misma ayudando a su madre a recoger el desayuno y a poner el lavavajillas. E incluso la acompañó a cantar ese *temazo* que le encantaba a su madre y que, ahora, por casualidad, ponían en la radio.

Todo parecía en calma. La discusión se había quedado en nada. Su padre se fue a pescar con sus hermanos. Su madre, a leer junto a la Lala en el porche. El Lalo, a su huerto.

Y, cuando vio que nadie la iba a echar en falta, subió lentamente a su dormitorio. Cerró con sigilo. Se echó en la cama y allí, junto a su diario y el rostro del niño soldado, rompió a llorar. Los cuervos de la incompreensión habían vuelto a anidar en su corazón.

2

A más de tres mil kilómetros de Córdoba, en ese mismo día del mes de septiembre de 2005, Yusuf y Mohammad corretean y ríen a orillas del mar Mediterráneo. Tienen siete años.

Son las ocho de la mañana en Al-Shati, uno de los campamentos de refugiados palestinos de la Franja de Gaza, conocido como *El Campamento de la Playa*.

Los dos pequeños están nerviosos. Aguzan la vista y alzan sus manitas cuando reconocen a sus padres, cansados pescadores que vuelven de faenar en el mar toda la noche.

Las madres de los dos pequeños, Nayla y Noora, llaman a sus niños desde sus sillas de playa para que no molesten a los pescadores.

Akram saltó del pequeño bote y corrió a fundirse en un abrazo con su hijo Yusuf, que grita de alegría al ser alzado por su padre. Su hijo pequeño nació el año de la muerte de su padre y por eso quiso ponerle su mismo nombre. El pequeño Mohammad también es acogido por su padre, Alí, compañero inseparable de Akram en las faenas pesqueras. Y los dos se emocionan y dejan hacer a sus hijos que intentan ayudarles a recoger las redes y el resto de los utensilios de pesca.

Como cualquier otro pescador, Akram, de treinta y ocho años, tenía la piel recia, tostada por el sol, y las manos ásperas de trajar con las redes y el agua salada. Su ropa desgastada era una metáfora de su vida. Pero también su sonrisa y su determinación de luchar por hacer felices a los suyos.

Vivía con Nayla y sus tres hijos –Ata, Yamina y Yusuf– en un pequeño piso de un austero edificio de hormigón ubicado en el centro del campamento. Formaban parte de las más de ochenta y dos mil personas que residían en un área de medio kilómetro cuadrado.

Pero lo más opuesto a la personalidad de Akram Jabroq era el victimismo por la situación de pobreza, falta de libertad y opresión que vivían desde hacía tantos años los ciudadanos gazatíes.

Él no quería meterse en política ni en líos. Estaba al tanto de las diferencias internas entre la Autoridad Nacional Palestina –islamistas moderados, centrados en la política– y los otros grupos islámicos radicales, como Hamás, sedientos de venganza hacia Israel, verdadero y único amo impuesto a la fuerza en sus vidas.

Disfrutaba de su trabajo, aunque era escaso y muy limitado por las autoridades de Israel. Estaba enamorado de Nayla y se le caía la baba viendo crecer a sus hijos. Mientras limpiaba junto a su compañero Alí las redes y se dividían la captura de ese día, Akram contemplaba embobado a su esposa, a su pequeñín, y reflexionaba.

Desde que Nayla y él se casaron, acordaron juntos vivir como le había enseñado su padre: él le decía que, ante los

golpetazos que te daba la vida, podrías adoptar muchas actitudes, pero por muchos problemas que atravesara su Palestina natal, por muchos territorios que les arrebataran los sionistas, por muchos muros que alzarán para privarlos de movimientos, nadie les podría quitar la libertad y las ganas de ser felices. Esa libertad anidaba en sus corazones. No necesitaban mucho más.

Akram y Nayla eran árabes, nacidos en la ciudad de Belén. Se conocían desde pequeños. Sus respectivas familias, amigas y vecinas de toda la vida, habían tenido que abandonar a la fuerza sus hogares hacía ya muchos años.

Unos colonos judíos ultraortodoxos se quedaron con sus escasas tierras y los militares judíos los habían trasladado a la fuerza al campamento de Al-Shati. La razón de este destierro fue que el padre de Akram era uno de los más de cincuenta palestinos que se encerraron en la Basílica de la Natividad de Belén en protesta por los desmanes colonialistas judíos. Les prometieron una negociación justa, pero en cuanto salieron por su propio pie de la Basílica, el ejército israelí decretó el destierro forzoso de todos los palestinos que habían participado en la revuelta.

Esto ocurrió cuando Akram y Nayla aún eran dos adolescentes inseparables que no acababan de comprender aquel exilio forzoso que les arrancaba de su Belén natal.

Vieron sufrir a sus padres, que les enseñaron a tragarse las lágrimas y a recomenzar desde cero. El padre de Akram se hizo pescador y enseñó el oficio a su hijo. Adquirió con sus ahorros una lancha a motor y salía por las noches a faenar.

Por su parte, los padres de Nayla montaron un puesto de frutas. Y allí, entre muros infranqueables y la vigilancia constante de las milicias de Israel, se afanaron por buscar la felicidad.

Akram y Nayla formaban parte de una minúscula comunidad cristiana que intentaba llevarse bien con sus vecinos, la gran mayoría musulmanes. Iban a misa los domingos en la única parroquia de Gaza, la de la Sagrada Familia. Eran pobres, bien lo sabían, pero estaban enamorados. No pretendían nada más que tener un trabajo digno y educar lo mejor posible a sus tres hijos.

Quizá por eso Akram era un hombre sereno y de pocas palabras. Sus compañeros de pesca notaban el brillo que tienen en los ojos las personas afortunadas. Al morir su padre, Yusuf, heredó la lancha a motor y se hizo un pescador experimentado en las exiguas aguas en las que les dejaban faenar. Sabía de memoria dónde estaban los bancos de sardinas, de doradas y camarones. Había aprendido a saltarse de noche la restricción israelí para los pescadores gazatíes, que se tenían que conformar con lo que encontraran en solo tres millas náuticas.

Con otros compañeros, poniendo en riesgo sus pequeñas embarcaciones, se adentraba un poco más allá del límite impuesto y su negocio no iba del todo mal. Le encantaban los atardeceres, saliendo a pescar, y los amaneceres de Gaza cuando ya estaban de vuelta a casa.

—¡Bābā! (*¡Papi!*) ¡Te quiero mucho! —el pequeñajo de Yusuf, en brazos de su padre, era locuaz y cariñoso.

–Y yo a ti más, hijo. Vamos a casa, que tengo muchísima hambre –le contestó con una sonrisa Akram, mientras tomaba la mano de su esposa y juntos hacían el camino de regreso al hogar.

–¡Hasta luego, Mohammad! –gritaba Yusuf en los brazos de su padre.

–¡Adiós, Yusuf! –contestaba su pequeño amigo, alzando su mano para despedirse–. ¡Luego jugamos al fútbol en la calle! ¿Vale?

–¡Te daré una paliza! –respondió Yusuf con una sonrisa de oreja a oreja.

Era la ventaja de ser pequeño y de no ir aún a la escuela. Su hermano Ata, de doce años, y su hermana Yamina, de once, estarían en ese momento aguantando las explicaciones de los maestros, y él, con sus amigos, correteando libre por las callejuelas de Al-Shati. Hasta el año siguiente no tendría que entrar en la escuela. ¡Aquello sí que era una buena vida! En ese momento, Yusuf deseaba con todas sus fuerzas no crecer nunca para no tener que ir al aburrido y triste colegio de sus hermanos.

Camino de casa se oyó la sirena de alarma y, pocos segundos después, el aullido de un avión al rebasar la barrera del sonido. Akram y Nayla se miraron horrorizados. Yusuf se escondió bajo el rostro áspero de su padre. Echaron a correr.

Entonces escucharon la explosión. Habían conseguido por segundos entrar en el sótano del edificio que albergaba su casa. En la distancia se escuchaban los gritos y el estruendo

del hormigón cayendo a pedazos contra el suelo. Y después, sirenas, llantos y pisadas de carreras nerviosas.

Akram ordenó a su mujer y a su hijo que no se movieran y que, pasados unos minutos, subieran rápido a casa. Él tendría que ir a la escuela a por Ata y Yamina. Un escalofrío recorrió su espalda cuando salió del sótano. A pocas calles de su casa, un edificio de tres plantas de hormigón había quedado destrozado. La gente se afanaba por sacar a las personas de entre los cascotes enormes.

Una nube de humo negro se alzaba, poderosa, al cielo. Un desagradable olor a carne quemada mezclado con goma de neumático calcinado se pegaba en su rostro y en su ropa.

Los gritos de horror y lamento se escuchaban desgarradores.

Entonces alguien le tocó por detrás. Estaba tan impresionado por lo que acababa de ver que casi ni se dio cuenta de que era su pequeño hijo Yusuf, que había desobedecido a sus padres y que, con los ojos como platos, observaba los cadáveres desparramados por la calle.

Akram alzó a su hijo y le tapó los ojos para que no pudiera ver el desastre. Pero él lo vio. Entre los dedos de las manos de su padre, que hacía lo posible por esconderle la mirada, pudo ver el cuerpo trinchado de su querido amigo Mohammad, medio sepultado entre los cascotes y con la cabeza ensangrentada al descubierto. Le reconoció al instante y soltó un grito de dolor.

Su mejor amigo, su compañero de juegos, de risas y proyectos con el que hacía pocos minutos había estado brome-

ando, estaba tendido en el suelo, inmóvil como un muñeco de trapo, con los ojos fijos en ninguna parte.

Oyó los gritos desesperados de Noora, sangrando también, postrada de dolor y chillando como una loca, intentando reanimar a su hijo. Alí, su marido, también yacía inmóvil boca abajo, junto a Mohammad. Vio restos de los pescados capturados hacía pocas horas, desparramados junto a aquella familia destrozada por un misil.

Su boca se tragó el intenso humo que había provocado la explosión. Aspiró el olor de la carne humana quemada y pudo palpar con sus manitas el corazón acelerado de su padre que corría con su hijo en brazos en busca de un refugio.

Akram le volvió a tapar el rostro con su mano áspera, mientras le daba un par de azotes en el trasero por su desobediencia y le llevaba corriendo de regreso a casa. El pequeño Yusuf jamás podría olvidar aquella escena macabra.

Los gritos de indignación se mezclaban con las sirenas de las ambulancias que acudían al lugar de la explosión. Muchas personas intentaban ayudar a retirar los bloques de hormigón que tenían atenazadas a decenas de personas.

Abrazado a su madre, ya en casa, comenzó a llorar con ansiedad, mientras repetía una y otra vez el nombre de su mejor amigo: Mohammad, Mohammad, Mohammad... No le habían dolido los cachetes de su padre, que gritó nerviosamente a su mujer que nadie saliera de casa. Cerró la puerta de un portazo y corrió a ayudar en lo que pudiera a su querido amigo Alí.

Cuando llegó, nada pudo hacer. Una ambulancia se había llevado a Alí, a Noora y a su pequeño Mohammad. Corrió nervioso hacia la escuela para sacar a Ata y Yamina de allí. Todos los alumnos estaban fuera. Habían escuchado la explosión, pero nadie había resultado herido. Con sus hijos de la mano, camino de vuelta a casa, rompió a llorar desconsolado.

Era el 24 de septiembre de 2005. El estado de Israel había dado el pistoletazo de salida a la Operación *Primera Lluvia* (*Mivtza HaGeshem HaRishon*) en la Franja de Gaza. Comenzó en represalia por los cohetes lanzados por las milicias palestinas a Israel desde la Franja. La bautizaron así, *Primera Lluvia*, porque septiembre marca el inicio del año nuevo de lluvias tras el verano seco.

En los siguientes diecisiete días, ciento quince palestinos –entre los que se encontraban Alí, el pescador compañero de trabajo de Akram, y su pequeño hijo, Mohammad– serían asesinados por las tropas israelíes. ¿Su delito? Pasar con su familia junto al edificio que, según los israelíes, albergaba a uno de los líderes de la, denominada por la ONU, organización terrorista *Brigadas de los Mártires de Al-Aqsa*, brazo armado de *Hamás* que, como el grupo de la *Yihad Islámica*, quería vengarse de Israel, a los que consideraban unos usurpadores que les habían robado su territorio y su libertad.

Mientras, el partido político *Autoridad Nacional Palestina* intentaba por todos los medios agotar la vía diplomática para que los palestinos no se vieran envueltos, por enésima vez, en un conflicto en el que tendrían todas las de perder.

Las *Brigadas de los Mártires de Al-Aqsa* querían instaurar en todo el territorio la *sharía*, la ley islámica, y no iban a parar hasta que Israel desapareciera de la faz de la tierra. Aunque para conseguirlo sabían que se enfrentaban a un país que se consideraba propietario de sus tierras desde que Dios le prometiera a Abraham la tierra prometida y que contaba con uno de los ejércitos más sofisticados y poderosos de la Tierra.

David contra Goliat. Cohetes de corto alcance frente a misiles de última generación teledirigidos y helicópteros *Apache* armados con el último grito de la industria armamentística.

Ante la pobreza, la falta de higiene y la ausencia de libertad, los habitantes de la cárcel a cielo abierto más grande del mundo, la llamada Franja de Gaza, asistían, otra vez impotentes, a la presencia de las tropas israelíes en sus calles polvorientas.

Aquello no había hecho más que empezar.

Mientras, en muchos hogares de occidente nada se sabía de lo que ocurría en Gaza porque muchos medios de comunicación poderosos se limitaban a pasar de puntillas por una situación que clamaba al cielo.

Y en esos hogares occidentales, las preocupaciones más importantes eran cómo poder trabajar más para poder comprar el segundo vehículo, la casa en la playa o no dejar de asistir al fútbol, al cine y a las discotecas.